

REBELIONES ANTICOMUNISTAS EN RUSIA Y SUS SATELITES

Andrew Keller.

El ataque con tropas, tanques y aviones que la Unión Soviética lanzó contra el pueblo húngaro ávido de su libertad, en Octubre y Noviembre del pasado año de 1956, constituye la novena vez en que el Soviet ha recurrido a sus fuerzas militares para sofocar las sublevaciones contra el comunismo. (En estas sublevaciones no están incluidas las insurrecciones que bajo el nombre de guerrillas emprendieron los musulmanes por espacio de diez años —de 1921 a 1931— contra el dominio del Soviet en el Asia central).

URSS

El repaso de los hechos comienza en 1921, cuando los marinos y obreros de la base naval de Kronstadt, cerca de Leningrado, se sublevaron contra el régimen comunista que hacía poco se había establecido en la región.

En 1917 los marinos de Kronstadt fueron aclamados por sus conciudadanos como “la crema de los revolucionarios”, ya que con su intervención ayudaron a Lenin a apoderarse del palacio de invierno del Zar. El pueblo de Kronstadt creyó fervientemente en las promesas de “pan, libertad, tierra y elecciones populares libres” de los comunistas. Durante los cuatro años que siguieron, el pueblo presenció, sin embargo, la disolución de la Asamblea Constituyente, el establecimiento del sistema de la policía secreta y la eliminación de todas las libertades civiles. También presenció cómo sus viejos camaradas bolcheviques eran enviados a prisión y los campesinos desprovistos de sus tierras y de sus cosechas. En resumen, el pueblo se dió cuenta de la cruel indiferencia del gobierno hacia sus necesidades.

En marzo de 1921 los habitantes de Kronstadt publicaron en el “Izvestia”, diario local, un aviso que en parte decía así: “El partido comunista, que ahora rige en el país, se ha distanciado por completo de las masas y demostrado su ineficiencia en librar al país de sus condiciones desastrosas”. El pueblo de Kronstadt exigía, a la vez, que se celebraran elecciones con papeleta secreta; la libertad de palabra, de imprenta y de reunión; la suspensión de la requisición de granos y la cancelación de privilegios especiales a la jerarquía comunista.

Estas demandas fueron contestadas con las balas. A la cabeza de 60.000 hombres, Trotsky atacó violentamente a Kronstadt. En un combate de cuatro contra uno, los rebeldes resistieron aquel ataque por espacio de diez días, siendo luego brutal y sistemáticamente exterminados.

Una de las rebeliones más notables —notable en el sentido de que los comunistas tuvieron que hacer algunas concesiones, aunque por tiempo limitado a los rebeldes— fue la revolución de los obreros esclavizados en el famoso campamento de Vorkuta, en Siberia, julio de 1953. Cuando estos presos recibieron la noticia sobre las sublevaciones del 17 de junio en el sector oriental de Alemania, su desesperación, por tanto tiempo reprimida, estalló en plena rebelión. Centenares de los obreros esclavizados fueron muertos y heridos antes de que las fuerzas de la policía secreta (la KGB) pudieran imponer el orden. Esta sublevación parece haber preocupado un poco a las autoridades soviéticas, ya que varias demandas hechas por los presos —mejores alojamientos, más comida y la oportunidad de ver a sus parientes una vez al año— fueron cumplidas, aunque no por mucho tiempo.

A pesar del atropello brutal en la rebelión de Vorkuta, el fermento en el campamento de trabajos forzados continuó como siempre. Los prisioneros de guerra alemanes que regresaban de la Unión Soviética en 1955 decían que 2,500 hombres y 3,500 mujeres de los prisioneros en tres campamentos de Kengir, en Kazakhstan, estuvieron rebelados por espacio de mes y medio en 1954 contra la fuerza policíaca de los campamentos.

“Entonces llegó el ejército con sus tanques” —informó uno de los que habían estado allí presos (Karl Paffen, de 50 años de edad)— y aniquilaron por completo la resistencia de los rebeldes. En mi campamento hubo 300 muertos”.

En abril de 1956, un austríaco libertado de la prisión soviética informó en Viena que los presos en los campamentos de trabajo forzado de Vereshchagino, Verkne Imbatskoje y Mirnoje se sublevaron y demandaron su libertad, alegando que habían sido condenados a prisión bajo el régimen stalinista, que ya no se considera bueno. Según el austriaco, 200 prisioneros fueron fusilados cuando las tropas soviéticas, que no tardaron en aparecer, llegaron a los campamentos.

En marzo de 1956, el nuevo “frente antistalinista” de la Unión Soviética sofocó varias sublevaciones bastante intensas en Tiflis, capital de Georgia, provincia natal de Stalin.

Según cálculos de fuentes autorizadas, más de 100 habitantes de la provincia fueron muertos el día 9 de marzo cuando las tropas dispararon contra los rebeldes que trataron de atacar la oficina de correos de Tiflis. Aun cuando esta rebelión fue suscitada por las órdenes recibidas de Moscú para que no se rindiera a Stalin ninguna clase de homenaje en el tercer aniversario de su muerte, ésta también se ha imputado, sin embargo, al continuo resentimiento del pueblo de Georgia debido a la insistencia del Soviet en terminar con el nacionalismo en una región que antes había sido completamente independiente.

En la mañana del día 9 de marzo las multitudes apedrearón los autobuses, se apoderaron de los automóviles y paralizaron el tránsito. Para media-

noche, millares de personas, encolerizadas por los arrestos en masa, rugían como fieras alrededor de la oficina de correos.

Allí recibieron el ataque de las ametralladoras en masa, montadas en los escalones del edificio del Consejo de Ministros, situado al lado del correo. Al principio, las tropas soviéticas disparaban por encima de la multitud, pero viendo que no surtía gran efecto, los soldados empezaron luego a disparar directamente contra la misma multitud.

El pueblo, sin armas de ninguna clase con que hacer frente al atropello, tuvo que marcharse, dejando los muertos igual que estaban, obedeciendo instrucciones del poder militar. Después de eso, la ciudad parecía un campamento de guerra, con 4,000 soldados y otros militares preparados para evitar que se repitieran los sucesos del día 9 de marzo. Ya hacía más de un mes que había ocurrido la sublevación y los soldados todavía patrullaban las calles de Tiflis.

Durante el descubrimiento de la estatua de 18.3 m. (60 pies) de Lenin el 21 de abril de 1956, las autoridades soviéticas adoptaron toda clase de precauciones para prevenir otra sublevación. La policía montada, las fuerzas estatales de defensa y las tropas de guarnición regulares, despejaron las calles principales dos horas antes de la ceremonia.

Aun cuando la prensa soviética mantuvo bastante silencio sobre los sucesos de Tiflis, los diarios sí publicaron que el rector y otros funcionarios de la universidad estatal de Georgia habían sido destituidos por no haber suprimido a los "elementos nacionalistas" que figuraban entre sus estudiantes, muchos de los cuales participaron en la rebelión.

Los sucesos fueron también confirmados por el ex Primer Ministro Georgi Malenkov, quien manifestó en Londres en aquel mismo mes que en Tiflis habían ocurrido en realidad varios "disturbios".

CHECOESLOVAQUIA

En junio de 1953, el pueblo de Checoslovaquia demostró su descontento hacia el régimen comunista en una serie de motines tan violentos y de tanta intensidad que la radio de Praga los calificó de "golpe contrarrevolucionario". Fueron provocados el 30 de mayo por el anuncio del gobierno de una "reforma" monetaria destinada, aparentemente, a contrarrestar la inflación.

El decreto disponía que toda moneda en circulación debía ser cambiada a razón de cincuenta coronas por una, excepto al tratarse de 300 coronas (casi 6 dólares), las cuales podían ser cambiadas a razón de cinco por una. En las pólizas de seguro de vida fueron revaloradas a razón de 20 por una y todos los depósitos bancarios que existían desde noviembre de 1945 —cuando se llevó a cabo la primera reforma monetaria— se hicieron desaparecer. Todos los bonos del gobierno expedidos desde 1945 fueron declarados nulos y sin valor alguno.

Al mismo tiempo, el gobierno abolió toda regulación sobre los precios de productos de consumo regular, creando lo que se conoce como "mercado libre" para estos artículos. Los precios en este "mercado libre" tuvieron inmediatamente un aumento de 500 a 1000 por ciento más que cuando estaban sujetos a regulación.

El pueblo no estaba preparado para un cambio tan drástico. El resentimiento pronto se convirtió en ira y la ira en rebelión. Según el "Borba", órgano oficial del partido comunista yugoslavo, las primeras manifestaciones públicas ocurrieron en Pilsen cuando los obreros de la industria rehusaron presentarse a trabajar. La policía secreta y las fuerzas militares traídas de Praga dispararon contra los trabajadores —decía el "Borba"— y un "gran número" de los huelguistas fueron muertos y heridos.

El "Pravda", de Pilsen, publicó que una "pandilla de insurrectos fue liquidada con la ayuda de fuerzas estatales de defensa y de los trabajadores". El diario también informaba que "los rebeldes públicamente pisoteaban el retrato de Stalin y de Klement Gottwald (Presidente checoslovaco comunista, ya muerto) y ultrajaban la bandera soviética".

En lugar de los retratos de Stalin y de Gottwald —decía el "Pravda"— los "amotinados" presentaban el retrato del "agente imperialista Eduard Benes". (Benes fue el último presidente anticomunista de Checoslovaquia. Murió poco después del golpe de estado que tuvo lugar en febrero de 1948).

Aun cuando las tropas de seguridad, armadas con ametralladoras y carabinas, incomunicaron a Pilsen, la noticia de la sublevación pronto se extendió por todas partes y las mismas demostraciones de descontento empezaron a surgir en Brno, Ostrava, Gottwaldov, Praga y otras regiones.

Como los obreros estaban desarmados, las manifestaciones fueron en seguida brutalmente sofocadas. Los castigos no se hicieron esperar. Centenares de personas fueron arrestadas y jamás pudieron volver a ver a sus familias.

Por otro lado, el Congreso de Sindicatos, bajo el dominio comunista, decretó que todos los trabajadores que tomaron parte en los motines debían ser expulsados de los gremios obreros y cancelados todos sus días de fiesta, pensiones, privilegios de cantina y los bonos de familia. Aun los trabajadores que no participaron en la revolución también fueron castigados, teniendo que rescatar el tiempo que perdieron debido a los motines.

El Congreso de Sindicatos —portavoz del régimen— también aprobó una resolución especificando claramente que el derecho a la huelga en demanda de mejores jornales, no existía en la Checoslovaquia comunista. El decreto decía así: "Los gremios, para asegurar los buenos resultados de la reforma monetaria, se opondrán a cualquier aumento "injustificado" de los jornales, así como a cualquier nivelación de estos".

El "Prace", diario del gremio obrero comunista de Checoslovaquia, en su edición del 4 de julio de 1956, confirmó la inquietud que reinaba en Checoslovaquia y describió cómo el gobierno, en su empeño de prevenir otra sublevación como la que tuvo lugar en Polonia en junio último, había preparado cierta trama para apoderarse de la estación radiodifusora y de la oficina de correos de Praga e incendiar la famosa prisión de Pankrac. Estos detalles figuran entre los más recientes presentados describiendo la eficiencia de la policía de seguridad, al poder frustrar constantemente las tentativas de "subversión y sabotaje".

ALEMANIA ORIENTAL

Hasta que surgió la revolución en Hungría, la conspiración más notable contra el comunismo había sido la de los trabajadores del sector oriental de Alemania en junio de 1953, en la que cerca de 25,000 tropas soviéticas

—y no de la zona soviética alemana,— con sus tanques y contingentes mecanizados, tuvieron que luchar por espacio de dos días para poder dar al traste con la sublevación.

Según el recuento oficial del gobierno, 569 personas fueron muertas, 1,744 heridas y alrededor de 50,000 arrestadas en huelgas y manifestaciones en 274 ciudades y pueblos de la Alemania oriental. Durante los siguientes quince días, la ley marcial del Soviet fue impuesta en toda la región.

Las sublevaciones en la zona oriental alemana fueron iniciadas por los trabajadores, dando voces de protesta contra un régimen que por espacio de ocho años había estado ofreciendo un “paraíso a los obreros”. En ese “paraíso” los trabajadores vivían sometidos a una dieta diaria de pan, papas y margarina. La carne no la podían comprar y medio kilo de mantequilla les costaba la tercera parte del jornal de una semana.

El descontento de los trabajadores hacia su gobierno era cada día mayor y en el Berlín Oriental —el punto donde se iniciaron las sublevaciones— ese descontento pronto se convirtió en abierta rebelión.

En sus manifestaciones públicas, los trabajadores se congregaron al centro principal del partido comunista y de la Embajada soviética, donde derribaron el emblema soviético, lo pisoteaban y luego lo quemaron. La policía fue desarmada a la fuerza, sus automóviles volcados e incendiados los quioscos de propaganda comunista.

Las prisiones fueron asaltadas y centenares de reclusos libertados. Los centros del partido comunista y lugares de reunión fueron invadidos, sus documentos confiscados y quemados.

Las manifestaciones se extendieron a otras partes de la Alemania oriental y fueron aplacadas sólo al llegar otros 10,000 soldados soviéticos con unos 200 tanques.

Pocos días después, Max Fechner, a la sazón Ministro de Justicia del sector oriental de Alemania, afirmó que, según la Constitución, los obreros tenían derecho a la huelga. Estas declaraciones le costaron el empleo y desde entonces no se ha hecho más mención sobre el “derecho a la huelga” de los alemanes en esa parte del país.

A pesar de las llamadas “amnistías” que han sido proclamadas recientemente por los comunistas de la zona oriental de Alemania, millares de trabajadores que participaron en aquellos “Días de Junio” todavía están en prisión.

Mientras tanto, las condiciones de vida en la zona soviética de Alemania no han tenido ninguna clase de mejora. El racionamiento de comestibles sigue en efecto como antes, el nivel de producción para la industria pesada no ha sido alcanzado y la economía del sector oriental alemán es, tal como lo explicó recientemente Bruno Leuschner, Presidente de la Comisión de Planificación Estatal, un modelo de “indiferencia, burocracia y confusión”.

LA CHINA COMUNISTA

El descontento que reina en el pueblo chino hacia sus dirigentes comunistas, es fácil adivinarlo a través de los informes del Congreso Nacional del Pueblo, de julio de 1955. Estos informes enumeran más de 364,000 casos

de subversión y "sabotaje económico" durante el período comprendido entre enero de 1954 a mayo de 1955. Una tercera parte de los crímenes enumerados eran considerados como "delitos contrarrevolucionarios". El Ministro de Seguridad, Lo Jui-ch'ing, afirmaba que el "sabotaje económico" a través de "elementos ilegales de la burguesía" era entonces más grave que en 1951, cuando millares de individuos fueron muertos y puestos en prisión al rechazar la "reforma agrícola" que se les imponía.

Aun cuando la acción "contrarrevolucionaria" en la China comunista ha sido esporádica y sin coordinación alguna, fuentes autorizadas de Peiping han afirmado que las llamadas "guerrillas" han surgido violentamente en muchas provincias, tales como Szechwan, Yunnan, Kwangtung, Hunan, Kwangsi y Shensi.

La Radio de Peiping, refiriéndose a la sublevación en Szechwan, informó el 7 de agosto de 1956 que "en la presente situación internacional e interna, sería pueril imaginarse que los contrarrevolucionarios han de cesar en sus empeños de socavar la República del Pueblo". Estos "contrarrevolucionarios" revelaron otros informes— no eran sino campesinos hambrientos, en huelga por conseguir qué comer.

En la provincia de Kwangtung —según la Radio de Peiping— varias "cuadrillas de cazadores" mataron 1,900 "animales salvajes" que invadieron los graneros. El término "animales salvajes" se refiere literalmente a animales que devoran las cosechas, pero en este caso esos animales eran de dos pies.

El "Southern Daily", periódico de Cantón, no hace mucho publicó un artículo sobre una sublevación en la provincia de Shensi, al noroeste de China. El motín se achacó a los "agentes de Chiang Kai-shek", pero el diario no demostró interés alguno en explicar cómo infinidad de agentes nacionalistas habían logrado infiltrarse en la región remota. Como resultado de los disturbios en Shensi, 52 personas fueron ejecutadas y 450 sentenciadas a prisión.

Las sublevaciones de Kansu, Hunan y Kwangsi surgieron cuando los comunistas obligaron a los campesinos a que entregaran, a precios fijos y muy bajos, la mayor parte de sus cosechas de granos, dejando a la mayoría de los agricultores sin los suficientes para sus propias necesidades.

En vista de estos síntomas de intranquilidad, los chinos comunistas han iniciado un plan para terminar con los "contrarrevolucionarios" en toda la nación: un sello arbitrario que resulta de gran utilidad para marcar como agente subversivo a todo aquél que, con justa razón, se encuentre descontento con el régimen. Para llevar a cabo esos propósitos, el sistema popularmente conocido como el del "juicio en masa" está otra vez en vigor.

Entre enero y agosto de 1956, en la prensa del gobierno aparecieron 200 ejecuciones de "contrarrevolucionarios".

TIBET

Una "guerra en gran escala por la independencia" —que es como la denominó el "Statesman", diario de Nueva Delhi— estaba en tono su fragor en la primavera y verano de 1956 en el país del Tibet, que en un tiempo fue libre y el cual se encuentra entre la India y la China comunista.

La independencia del Tibet terminó cinco años atrás, el 23 de mayo de 1951, cuando las tropas y tanques de la China Comunista invadieron el país con el fin de "libertarlo".

En 1955, cuando Peiping anunció que el Tibet se había convertido en "una región autónoma de la China" —un eufemismo comunista que significa anexión,— los ánimos del Tibet estaban ya bien exaltados. Además del anhelo de independencia que sienten los tibetanos, las exigencias que generalmente acompañan el régimen comunista: impuestos exorbitantes, decretos que arruinen al agricultor, intervención religiosa, unieron al pueblo en un deseo ferviente de librarse de sus "libertadores".

En la primavera pasada este descontento culminó en una serie de batallas entre los rebeldes tibetanos y las tropas de guarnición chinas, siendo en una de ellas el combate tan intenso que los supremos jefes chinos tuvieron que solicitar la ayuda de aviones a la vecina provincia de Sikang.

Según informes recibidos en Katmandu, capital de Nepal, las patrullas de Khamba aniquilaron varios centenares de soldados chinos comunistas. En represalia, los chinos les ocasionaron grandes pérdidas de vidas.

Informaba el "Statesman" que un lama (sacerdote) tibetano, recién llegado a la India, declaró que los chinos habían bombardeado a Litang, capital de provincia, y destruido varios monasterios. Más de 4,000 personas fueron muertas en el bombardeo de Litang.

Los visitantes del Tibet que llegaban a la India en Julio último informaron que continuaban en todo su apogeo las batallas entre los irregulares tibetanos con hombres y mujeres entre los 15 y 65 años de edad movilizados en muchos distritos y las tropas chinas.

POLONIA

El 28 de junio de 1956, ocurrió en Poznán, Polonia, la rebelión ahora popularmente conocida como la revolución de "pan y libertad." Después de dar fin a la sublevación, apelando a los tanques, aviones de reacción y amertalladoras, el régimen comunista polaco anunció que sólo 53 personas habían resultado muertas y un poco más de 300 heridas. Pero varios hombres de negocios del Occidente que se encontraban en la ciudad cuando ocurrieron los hechos, visitando la Feria de Poznan, declararon que centenares fueron muertos y millares heridos.

Las manifestaciones contra el régimen comenzaron cuando una delegación de trabajadores de los Talleres de Maquinaria "Stalin" (Zispo), en Poznam, regresaron de Varsovia, donde habían ido a presentar sus quejas sobre jornales inadecuados, escasez de comestibles y malas condiciones de trabajo, informando que sus protestas habían sido contestadas por el Partido Comunista y los funcionarios de los sindicatos con promesas muy inciertas.

Varios miembros de la delegación fueron arrestados, pero a otros se les permitió volver a su trabajo en las fábricas de Zispo. Sus compañeros de trabajo, que aparentemente se encolerizaron al enterarse de que el régimen comunista había rehusado hasta escuchar lo que ellos bien sabían eran protestas muy justas, se reunieron en la mañana del 28 de junio y se dirigieron hacia el Ayuntamiento. Dando voces de protesta contra el régimen, con carteles demandando pan, libertad y mejores condiciones de trabajo, emprendieron su marcha, uniéndose a ellos en el camino millares de otros obreros amargados.

La multitud atacó el centro de operaciones del partido comunista polaco y otros edificios públicos. Incendiaron la prisión, volcaron los tranvías y luego prosiguieron hacia los cuarteles de la policía. Un grupo llevaba la bandera polaca manchada con sangre de un chico de 16 años, fusilado por los soldados que habían sido llamados para dar término a la revolución.

Ya para mediodía, los tanques, tropas, aviones y helicópteros provistos de ametralladoras, al mando del Ministro de Defensa Nacional Konstantin Rokossovski, adiestrado en Moscú, habían dado fin a los motines.

El régimen aguardó más de tres meses para enjuiciar a los rebeldes, tal vez esperando que los ánimos del pueblo se apaciguaran un poco. Pero el pueblo no olvidó aquellos sucesos y al celebrarse el primer juicio los salones del tribunal estaban llenos.

Aun cuando el tribunal trató de probar que fue una partida de "malhechores", y no el pueblo de Poznán, quienes iniciaron la revolución, la defensa luchó por refutar terminantemente tales alegaciones. "Su sentencia —dijo uno de los abogados defensores al tribunal— entonces será también aplicable a todos nosotros, ya que los acusados no son sino el resultado de la situación que nuestro país enfrenta".

Durante uno de los juicios hubo "casi una conmoción" en la sala del tribunal, cuando la hermana de uno de los acusados, que figuraban entre los espectadores, de pronto prorrumpió a hablar de esta manera: "Mi padre murió peleando por Polonia en 1939. A mi madre la fusilaron en 1942. Y la opresión es ahora peor que nunca".

Las sentencias impuestas fueron relativamente leves, debido tal vez, según se cree, al temor del régimen de provocar otras sublevaciones si las sentencias eran muy violentas.

La desesperación del pueblo polaco bajo el régimen comunista llegó a su punto culminante el día 19 de octubre. En esa fecha los polacos demostraron sus fuertes sentimientos nacionalistas cuando el Comité Central del partido comunista polaco volvió a aceptar como miembro a Wladislaw Gomułka, simpatizador "Titoísta", quien hasta hacía poco había estado en prisión por "desviaciones nacionalistas". Aun cuando Gomułka era un fuerte y hábil comunista, también se considera un buen patriota polaco.

El jefe del partido comunista soviético, Nikita Khrushchev, acompañado de Molotov, Kaganovich y Mikoyan, miembros todos de la camarilla soviética, no tardaron en llegar a Varsovia. Según los informes publicados en la prensa soviética, Khrushchev manifestó al pueblo, en tono destemplado, que el gobierno polaco contenía demasiados conservadores y liberales y que sería necesario hacer cambios entre sus miembros. Los polacos rehusaron de lleno permitirlo, en vista de lo cual, Khrushchev advirtió —según la prensa polaca— que Varsovia estaba rodeada de fuerzas soviéticas y que un contingente de Silesia venía ya en camino hacia la ciudad. Se informa que Khrushchev también dijo a los polacos lo siguiente: "Demostraré a ustedes lo que es en realidad el socialismo (queriendo decir, comunismo). Si ustedes no obedecen, serán aniquilados. Recurriremos a la fuerza para acabar con toda clase de sublevaciones en este país".

Los polacos se mantuvieron firmes. Eligieron los miembros del gobierno tal como ellos lo habían acordado al principio y expulsaron al magistrado soviético, Konstantin Rokossovski. Los soviéticos se dieron exacta cuenta de que los dirigentes polacos estaban decididos a libertarse por sí solos del Kremlin, aun cuando no del comunismo, y suspendieron la movilización de ejércitos. Rokossovski se marchó a Moscú, aparentemente "con licencia", presentando luego la renuncia de su puesto polaco como Ministro de Defensa Nacional, y el gobierno de Gomułka libertó al Cardenal Wyszyński y le restituyó a su cargo de Primado Católico de Polonia.

La insistencia del Soviet en subyugar a Polonia cesó al estallar la revolución de Hungría.